

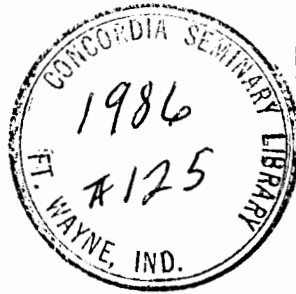
Vol. 12 No. 125

REVISTA

RECEIVED

NOV 3 1986

TEOLOGICA



PUBLICACION

DEL

SEMINARIO

CONCORDIA

... crezcamos en todo en aquél que es la cabeza, esto es, Cristo.

Efesios 4: 15

I
E
L
A

Por una unión sacramental, que escapa al entendimiento, Cristo se une a sí mismo al pan y al vino con la misma certeza como ha unido en uno a su naturaleza divina y humana. Y lo hace para que podamos recibir su verdadero cuerpo y sangre para perdón, vida y salvación. En este momento tan solemne y bendito, nuestro himno es realmente un himno de agradecimiento, alabanza y humilde ruego a nuestro Cordero y Rey.

"Lutheran Witness"
trad. Roberto Kroeger

* * * * *

LA PALABRA DE LA RECONCILIACIÓN

EN NUESTRO CULTO DE ADORACIÓN

por C.J. Evanson

La obra de la reconciliación es la obra de Dios en la historia del hombre, ejecutada en forma completa y una vez por todas mediante la pasión, muerte y resurrección de Su Hijo, Jesucristo. La iglesia ha sido llamada a participar en esta obra, pues Dios le encargó la palabra de la reconciliación (2 Co. 5:19), y estableció en su medio el ministerio de la reconciliación (2 Co. 5:18), que tiene la función de promulgar esta palabra, y de administrarla en el bautismo, la absolución y la santa cena.

Esa iglesia, contratada así para colaborar como instrumento en la divina obra de la reconciliación, es una comunidad congregada, establecida y protegida por el santo evangelio, la palabra de la reconciliación, que se reúne en adoración en torno a la palabra. De nuestra adoración en común extraemos energía de vida que proviene de la palabra de Dios que se nos predica y administra. Recibimos de Dios algo que sólo él puede darnos, y en efecto nos da, por medio de su palabra; y por nuestra parte hablamos con él mediante nuestra confesión, nuestra oración y nuestro canto de alabanza, y hacemos correr su palabra en un animado diálogo.

go entre predicador y oyentes, coro y congregación, y uno con el otro.

La adoración colectiva es una adoración litúrgica. Esto no quiere decir simplemente que al adorar a Dios nos estemos ateniendo a un determinado orden. Tampoco quiere decir que entendemos las ceremonias y los actos simbólicos, litúrgicos, como medios con que nos "apropiamos" lo que Cristo logró para nosotros con su obra redentora, o lo "actualizamos" o "representamos".

Nuestra adoración no hace "efectiva" la obra perfecta de Dios. Tampoco es nuestra responsabilidad ejercer una influencia sobre el sentir subjetivo de los que participen del culto para provocar tal efectivización - en otras palabras: para que la obra de Dios "baje de las nubes y toque tierra". Lejos estamos de pensar que poseemos la capacidad de llevar a los hombres a una manera de ser y de actuar que sólo la palabra de Dios puede producir en ellos. Todo parte de Él y de su increíble gracia y misericordia. La palabra de Dios es y seguirá siendo siempre la única fuente y norma de todo cuanto ocurre en nuestro culto de adoración.

Si a nuestra adoración en común la definimos como de carácter "litúrgico", queremos significar con ello que poseemos una rica herencia de formas de adoración mediante las cuales Dios es honrado y ensalzado de una manera adecuada y reverente. Más aún: significa que en nuestra adoración colectiva reafirmamos constantemente que las Sagradas Escrituras son la palabra de Dios; que nuestra fe personal y nuestra existencia como un cuerpo formado por muchos miembros son el resultado de que en nuestro medio se predica y se comparte la palabra de Dios; y que asimismo, nuestra comunión es el resultado de que se nos habló la palabra de la reconciliación. De ahí que los que nos guían en la adoración, hayan de observar una conducta que esté a la altura de la solemne dignidad de esta palabra que confiere a la predicación y a los sacramentos su poder divino de llamarnos, congregarnos, iluminarnos y santificarnos.

El llamado a la adoración es el llamado de Dios a la congregación que él creó y mantiene. Al responder a este llamado, expresamos nuestra convicción de que la gracia de Dios que se nos comunica en la predicación y en los sacramentos es nuestra guía y nuestro apoyo, nuestro más valioso tesoro. Por este medio, el Espíritu Santo nos llama a la fe, nos lleva a la comunión con

Cristo y del uno con el otro, nos sostiene y nos fortalece. Su palabra da las pautas para nuestra adoración. Así lo reconocen y afirman nuestras confesiones luteranas con su declaración rotunda de que cuando nos reunimos en torno al altar y púlpito para rendir culto a Dios, sea en día domingo o en otro tiempo, la santa cena debe ocupar el lugar más destacado.

El reconocimiento del papel prioritario de la palabra de Dios debe privar en todo nuestros planeamientos respecto del culto divino. Los que somos los guías en esta materia, tenemos la responsabilidad de velar por que la adoración colectiva sea realmente un momento en que la congregación pueda escuchar con fe y devoción el mensaje del Señor, y responderle con sus oraciones y cantos nutridos y determinados por esa misma santa palabra. Y esto es ante todo un desafío a nuestra fidelidad, y no tanto a nuestra facultad inventiva o nuestro gusto estético.

Que nos sintamos tentados a arreglar y amoldar el acto de adoración pública para que sea "genuina expresión nuestra" se debe a la creencia bastante difundida de que en sí, dicho acto es algo esencialmente carente de valor real, y que nos incumbe a nosotros "darle cuerpo" - actitud que, por otra parte, no es sólo una característica de nuestro tiempo actual. Las formas de culto medievales estaban inspiradas en el mismo concepto, lo que motivó a Lutero a expresar una severa crítica en su escrito "A toda la clerecía reunida en Augsburg para la Dieta del año 1530", digno aún hoy de ser leído con mucha atención⁽¹⁾.

Nuestro himnario 'Culto Cristiano', así como también el 'Ritual Cristiano'⁽²⁾, ofrecen abundante material, tomado de la palabra de Dios, para estructurar el culto de adoración en nuestras congregaciones. Ambos contemplan también la posibilidad de variar el orden del culto y de recurrir a formas alternativas.

Puede ocurrírse nos pensar que nuestras propias palabras "que nos salen del alma" y nuestros arreglos litúrgicos causarán una

(1) Ver "Obras de Martín Lutero", Ed. Paidós, Bs. As., tomo I, págs. 285 y sigtes., en especial págs. 318 a 322.

(2) En el original figuran, por supuesto, los equivalentes 'Lutheran Hymnal' y 'Lutheran Worship', usados en el ámbito de habla inglesa de la Iglesia Luterana-Sínodo de Misuri (Nota del trad.).

Impresión más fuerte y más duradera y "llegarán mejor" de lo que pueden hacerlo las palabras de las Escrituras (observación ésta con la cual de ninguna manera se quiere censurar la iniciativa privada, N. del trad.). Sin embargo, lo que nos sale del alma, viene respaldado nada más que por nuestra propia autoridad, no siempre indiscutible, mientras que el evangelio es una palabra que nos llega desde un ámbito que está más allá de nuestra limitada experiencia personal. Hay ya un número más que suficiente de casas de adoración donde lo que se habla son "palabras enseñadas por sabiduría humana" (1 Co. 2:13); no es necesario que las de nuestras congregaciones también estén entre ellas.

El autor, C.J. Evanson, es secretario de la Comisión Sinodal que tiene que ver con cuestiones del Ritual, y además pastor de la Iglesia del Redentor en Fort Wayne, EE.UU. El artículo apareció en ALIVE, III/1986. Trad. E. Sexauer.

* * * * *